

de la *La Prosperidad*, *Las Ventas*, el *Barrio de la Salud* y la *Carretera de Aragon*, sin contar con que á espaldas del observador y convirtiendo al *Barrio de Salamanca* en primorosa cortiña de lindos hoteles interpolados de bosques y jardines, levanta Madrid las torres de sus templos y los miradores de sus edificios.

Desde allí hasta la plaza del *Barrio de la Guindalera* hay sólo algunos centenares de pasos por tierras que fueron de labor y que en la actualidad son vergeles de ortigas y cármenes de abrojos.

Ya en la plaza, que es un extenso cuadrilátero, llaman la atención, principalmente, la iglesia, lindo templo costeado por la piedad de los fieles del barrio y con los fondos recaudados por la Junta de damas del *Barrio de Salamanca*; y en la misma línea, el bellísimo hotel del señor don Manuel González, edificio de graciosas proporciones, dividido en tres cuerpos, en que la fábrica, los árboles y las flo-

res se entrelazan formando delicioso conjunto.

Frente á dichos edificios empieza, en realidad, el barrio, pues en el resto de la meseta las casas están diseminadas y sin que su construcción haya respondido á un proyecto general.

La *Calle de Jerónima*, primera que encontramos, forma una segunda plazoleta limitada por la *Calle de Díaz*, que entre una larga fila de casas presenta una de limpia y decorosa apariencia, en que se halla establecida la *Escuela de párvulos*. No hay en el barrio otro establecimiento de enseñanza: falleció el virtuoso sacerdote, cura de San José, que sostenía las escuelas de la *Asociación de Católicos*, y con su muerte quedaron suprimidas, dando facilidades á los muchachos de ambos sexos para que completen su educación, triscando por los cerros inmediatos ó jugando al *chito* en cualquier encrucijada.

La *Escuela de párvulos* está confiada á

una distinguida profesora, D.^a Gumersinda Ruíz, secretaria á la vez de la Junta de señoras del barrio, que sostiene y dirige la *Casa de Socorro* de la localidad, costeada con el producto de una suscripción particular.

Inmediato á la escuela está el *Casino*, centro de recreo, donde por las noches suelen matar el tiempo algunos vecinos.

En ángulo recto con la calle de Díaz y formando esquina con ella, la *Calle de Jerónima* presenta una línea de casas para obreros, cuya construcción recomendamos á los filántropos que se devanan la imaginación para favorecer á aquella clase desvalida.

Las casas son nuevas y de sólo planta baja; en los patios, cuadrados y embaldosados, están distribuídas las viviendas, que constan de tres á cinco habitaciones espaciosas, además de la cocina; cada una de aquellas viviendas tiene un corralito independiente, con agua del canal y gari-

ta; la disposición de los cuartos permite que el aire y el sol penetren á raudales por numerosas ventanas, tan bien calculadas, que establecen fácil corriente del interior al exterior. En aquellas casas deslumbra la blancura de las paredes y se aspira el aroma de la limpieza, más refinado y suave que la más aristocrática de las esencias.

La propietaria de estos edificios, doña María García, que es presidenta de la Junta de la Casa de Socorro, habita en la calle de Díaz un primoroso hotel, pero al residir en una cómoda y holgada vivienda no ha querido que los pobres establezcan odiosas comparaciones entre su humildad y el lujo de la propietaria.

En el mismo hotel habita, como dueño también de la finca, el hermano político de aquella señora, el editor D. José Salvador, bien conocido en Madrid de publicistas y librereros.

Desgraciadamente, aunque en *La Guin-*

dalera hay bastantes casas modernas y elegantes, no todas, ni mucho menos, reúnen las condiciones de la situada en la *Calle de Jerónima*, núm. 21, y que en concepto de modelo en su clase citamos anteriormente.

Hay otras, en no escaso número, de malísimas condiciones higiénicas; en una de la *Calle de Díaz* y en un cuarto que consta de dos habitaciones estrechas y poco ventiladas, habitan dos matrimonios, el padre de uno de los cónyuges, otra mujer y tres niños: nueve seres humanos en menos espacio, quizás, que el que concede la tierra á nueve ataúdes.

La generalidad de las casas carece de retretes y sus habitantes vierten las aguas sucias donde les parece más oportuno: las que gozan de privilegio en aquel sentido, conducen por atarjeas propias los productos fecales á pozos negros, de vecindad inaguantable en algunas ocasiones.

En cuanto á aguas potables, las tiene el

que cuenta con pozo ó los que se han suscritos para que se las proporcione del canal, por una cañería *ad hoc*, una sociedad particular. Quien no cuenta con uno de aquellos medios tiene que proveerse de agua en el canalillo, no siempre limpia, á pesar de la vigilancia que se ejerce y de las dos bombas establecidas recientemente para evitar que se introduzcan vasijas ó se laven ropas, ó se bañen muchachos en el canal, como se asegura venía sucediendo.

Medios de limpieza pública no existen en el barrio: sus calles, semejantes á caminos vecinales, sin empedrado ni aceras y mal alumbradas por faroles de aceite, son vertedero constante y necesario para todos los habitantes; el viento se encarga de desparramar la inmundicia, que en días de aire revolotea en todos sentidos, envolviendo á aquella población de quinientos vecinos en una atmósfera impregnada de miasmas pestilentes.

Se registran, sin embargo, al año dos días excepcionales; el de San Antonio y de la Virgen del Pilar, bajo cuya advocación está consagrada la iglesia. En ambos hay fiestas en el barrio y en lo primero que se conoce es en que acuden algunos barren-
 deros de la villa y limpian las calles principales.

Esto, para que no se diga que la municipalidad es avara del aseo de sus administrados.

Por fortuna, en *La Guindalera* no hay más que un corral de cerdos en la *Calle de Díaz*; otros dos, de idéntica clase, en la *Calle de Caballero*, algún otro basurero suelto y varios tejares inmediatos, cuyos montones de turba vierten

«Las aromáticas gomas

de la arábica región...»

que dijo en quintilla inimitable el insigne Zorrilla.

En *La Guindalera* todos los servicios municipales están á la misma altura.

El ayuntamiento, cuando concede licencia, que cobra por supuesto, para edificar en el barrio, consigna la cláusula de que el concesionario no tiene derecho á dirigirlle reclamación alguna: de aquí resulta que el favorecido tiene todas las cargas y ninguna de las ventajas que gozan los vecinos de la capital.

Hemos dicho que no hay escuelas elementales; pero debemos añadir que allí se carece de otras muchas cosas absolutamente necesarias en cualquier parte que no esté bajo el dominio del municipio de Madrid.

No hay médico, ni botica, ni puesto de vigilancia, ni casa de socorro municipal; todos estos servicios están montados en el *Barrio de Salamanca*, es decir, á media legua del punto en que suelen necesitarse.

El vecindario ha creado una casa de

socorro y nombrado un médico para que la sirva y los visite en sus enfermedades; pero los 75 vecinos suscritos, en su mayoría, por una peseta mensual, no se bastan para satisfacer todas las necesidades de la mencionada casa.

Anteayer se reunió la Junta, y encontró que no podía disponer más que de *setenta pesetas*. Una derrama aumentó algo aquella exígua cantidad, pero no lo bastante para hacer frente á circunstancias tan críticas como las que se atraviesan. La presidenta ha solicitado del ayuntamiento que se facilite *gratis* á los pobres los medicamentos que recete el facultativo, y ha pedido que se le conceda una cocina económica: su solicitud es tan humanitaria y justa, que hasta cruel sería una negativa de nuestra municipalidad; confiemos en que esta vez la corporación no querrá que se la aplique tan duro calificativo.

En cuanto al médico, que es un joven de mérito, tiene una asignación mensual

de *sesenta y cinco pesetas*; pero como se le obliga á que habite en la casa de socorro y á que pague *cuarenta pesetas* por el alquiler de su habitación, resulta que percibe todos los meses *para él sólo noventa reales*, descontando diez con que gratifica al sereno. Es decir, que si no fuese por las visitas particulares, el facultativo de *La Guindalera* averiguaría pronto de un modo práctico cómo se muere de hambre en las afueras de Madrid un licenciado en medicina y cirujía con consulta abierta.

La Guindalera es un barrio muy moderno; puede decirse sin incurrir en exageración que surgió repentinamente hace nueve ó diez años.

El núcleo lo formaron tres ó cuatro casas aisladas; pero la verdadera base de la reciente población debe buscarse en los trabajos de una sociedad constituída por cinco vecinos de Madrid, que adquiriendo un gran terreno, que han ido vendiendo por parcelas, promovieron las edifica-

ciones en grande escala, realizando después un honesto pero no miserable negocio.

El título del barrio no tiene justificación ni etimología conocida; hay derecho para creer que fué un nombre de capricho aplicado al terreno por alguno de los primitivos propietarios.

La generalidad de los habitantes del barrio son obreros; gente honrada y trabajadora, afligida hoy gravemente por dos años seguidos en que les han faltado los medios de subsistencia. No es, por lo tanto, extraño que la miseria ofrezca al cólera víctimas abundantes en *La Guindalera*.

En las *Casas de Rico*, en la calle de las Ventas y en otras varias del barrio han ocurrido casos coleriformes, algunos de ellos con funestos resultados: anteayer mismo falleció un hombre en una casa, en que vive aislado y custodiado por una pareja de orden público, el matrimonio que daba



albergue al primero: aquellos infelices pasaron muchas horas faltos de todo y tal vez hubieran muerto de hambre si la Junta de señoras no les hubiese enviado un socorro de cinco pesetas y algunos alimentos.

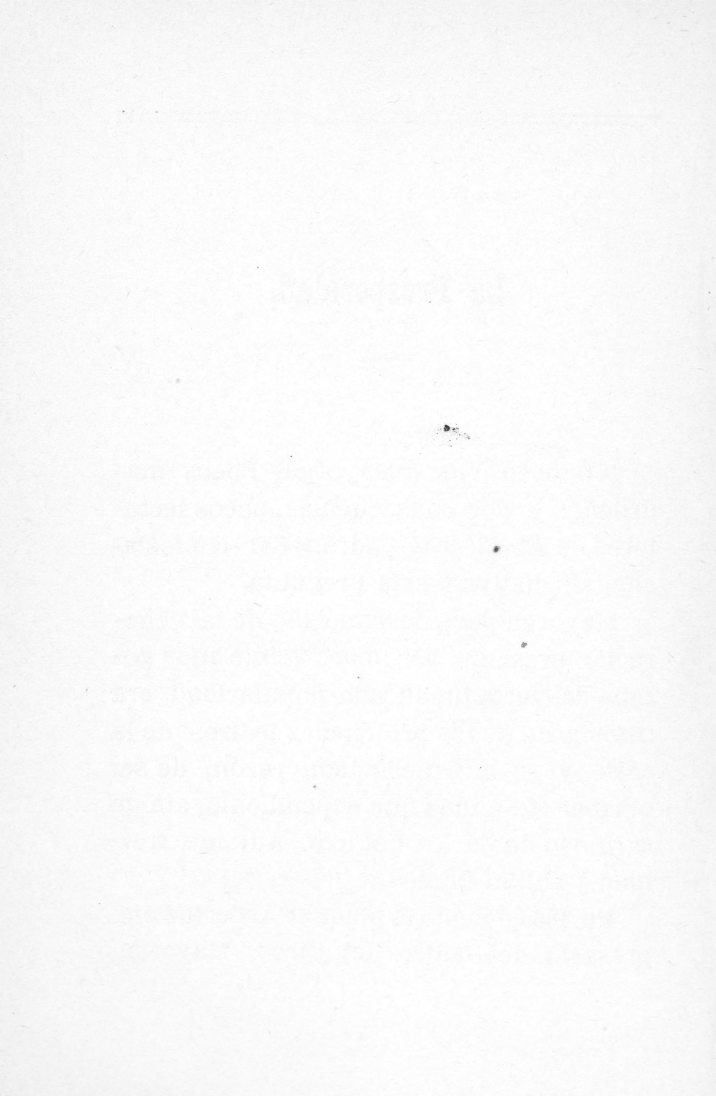
Ante el espectáculo de tanta infelicidad; considerando que un pueblo casi bello por sus edificaciones y admirablemente orientado tiene vida precaria á causa del desdén con que lo trata el ayuntamiento; viendo sus calles terrosas, descuidadas y súcias, la ausencia de fuentes, la falta de alcantarillado y el abandono de toda muestra de urbanización, nos preguntamos mentalmente si *La Guindalera* forma parte de Madrid, y si es verdad que sus vecinos contribuyen, como los que más, á sostener las cargas municipales.

Aquello, en este concepto, es tan malo, como se desprende de la contestación que nos dió un obrero, domiciliado en el barrio.

—Díganos Vd.,—le preguntamos,—¿qué tal se vive aquí?

—Aquí, señor,—nos respondió,—se vive de milagro.

4 Agosto 1885



La Prosperidad.

¿Conocen Vds. á Mayorga? Pocos madrileños y, por consecuencia, pocos lectores de *El Liberal* podrán dar contestación afirmativa á esta pregunta.

Mayorga pasa desconocido de la generación presente; pero hace veinte años gozaba de cierta justificada popularidad; era *tramoyista* de los principales teatros de la córte y se envanecía, con razón, de ser ó haber sido, más que dependiente, amigo cariñoso de Cárlos Latorre, Antonio Guzman y Julian Romea.

En 1868, siendo el popular Arderíus empresario del teatro del Circo, Mayorga,



que dirigía la maquinaria, montó con antiguas decoraciones y trastos modernos *La Pata de Cabra*; pero por falta de ensayos ó por dificultades del momento, se enredaron las cuerdas de uno de los telones en cierta escena, la mutación preparada salió mal y el público protestó ruidosamente.

Mayorga se sintió herido en su dignidad de *tramoyista*, y con su traje de obrero, con el martillo y la bolsa de clavos colgada del cinturón, salió á la escena, avanzó hasta las candilejas y exclamó:

—«¡Caballeros, lo mismo pasa en París!»

Los espectadores celebraron la ocurrencia, comprendieron que había un gran fondo de razón en lo que decía Mayorga y le dispensaron muchos más aplausos de los que, en justicia, debiera prometerse.

Ahora que nuestros lectores conocen á Mayorga, vamos á explicarles el por qué de haber publicado á grandes rasgos su biografía.

Mayorga es el fundador del *Barrio de la Prosperidad*; obrero inteligente, no quiso limitar su actividad á la modesta esfera de sus trabajos mecánicos en el teatro y en su taller de carpintero; de educación superior á su clase y de clara inteligencia, pensó en abrir caminos á su iniciativa que le proporcionasen en la vejez medios tranquilos y decorosos de subsistencia; quiso ser propietario, y á costa de grandes sacrificios adquirió cinco ó seis fanegas de tierra pertenecientes á D. Próspero Somiar, de cuyo nombre patronímico tomó denominación el incipiente poblado. Mayorga, poseído de júbilo, puso en manos de su mujer la escritura de compra el 8 de Diciembre de 1862 y el día de San Isidro del siguiente año festejaba á su familia y amigos en el *palacio* de su propiedad, modesta casita edificada á costa de grandes sacrificios.

Al mismo tiempo que Mayorga, otro espíritu emprendedor é inteligente—Subiela

—apuntador de teatros (1), comprendiendo que Madrid no podía continuar viviendo dentro de sus apretados límites y que tendería á ensancharse hácia el Norte y el Nordeste, se dedicó á la compra primero, y á la venta después de grandes terrenos, que fueron adquiriendo en parcelas pequeños propietarios y modestos industriales.

Algunos de los terrenos negociados por Subiela correspondieron á la Prosperidad, siendo D. Anselmo González—aparte de Mayorga—el primero de los habitantes de

(1) Sucesos políticos y azares de la fortuna, obligaron al Sr. D. José Subiela á aceptar accidentalmente la profesión de apuntador de teatros, poco en armonía con sus conocimientos, aficiones y esmerada educación.

Hombre de negocios, pronto se consagró á ellos exclusivamente, abandonando el teatro; siendo justo decir que, en rigor, el barrio de *La Prosperidad* se debe á su iniciativa y á los esfuerzos empleados con tal objeto, como primer adquirente de los terrenos en que hoy radica.

Madrid que logró ser, al mismo tiempo, vecino de aquel barrio.

Hasta entonces no se habían levantado edificios de ninguna clase en aquellos lugares; pero desde ese momento cundió entre los obreros acomodados é industriales de mediana posición en Madrid el deseo de convertirse en propietarios, y de ahí que ya en 1868 constituyese el arrabal un grupo de diez y nueve casas.

Al final del *Paseo de la Castellana* y al principio mismo del *Barrio de Monasterio*, bifurcan la *Calle del Pinar*—que termina en la *Carretera de Chamartín*—y el *Camino de Hortaleza*.

De esta manera y por aquella série de curiosas circunstancias, se formó el barrio de la Prosperidad asentado hoy sobre los terrenos que servían de vertedero á los carros de la basura recogida en las calles de la coronada villa.

Dejando á la derecha el *Asilo de las Mercedes*, á la izquierda las *Bodegas del*

Marqués de Mudela y pasando bajo el acueducto que soporta la atarjea del *Canalillo*, se encuentra casi apoyado en las tapias de la posesión de la condesa de San Luis, conocida con el nombre de *La Viña*, un grupo de casas, llamadas á constituir un barrio y que ya se le denomina, en esta creencia, *Barrio de Nuestra Señora del Carmen*.

A corto trecho de estas casas se divisa un tejár, avanzada inevitable en las cercanías de Madrid, de todo poblado chico ó grande é *infectador* perenne de las viviendas vecinas con sus castillos de hormigón, sus montañas de turba, sus quemas periódicas y sus humos de estiércol y de carbón de piedra.

La Prosperidad no debía sustraerse á la regla general y, en efecto, no sólo participa del beneficio del consabido tejár, extensivo á toda la demarcación del extraradio, sino que además goza el privilegio de albergar en su seno una alfarería y otros

tejares que á manera de *Rosa de los vientos*, marcan todos los límites de su horizonte.

El barrio tiene su verdadero desarrollo á la derecha y al borde mismo del *Camino de Hortaleza*, si bien ya cerca del Arroyo Abroñigal, que le limita, hay á la izquierda una línea de casas, en general de sólo planta baja y de modestísima apariencia.

La primera casa del barrio es un elegante *chalet* que no ha llegado á ser habitado; su dueño, farmacéutico en Madrid, lo hizo construir para regalárselo á su esposa; pero muerta ésta antes de terminarse el edificio, no ha querido el propietario que nadie le utilice.

Al lado opuesto han adquirido un extenso y magnífico terreno las Hermanitas de los Pobres, que provisionalmente se hallan instaladas en un elegante hotel perteneciente al Sr. Campa. Este es, sin duda, uno de los propietarios en *La Prosperidad*, que han contribuído y contribuyen más á

dar importancia al arrabal construyendo casas é interesándose por cuanto tiende á favorecer los intereses de la localidad.

Hay en el barrio corto número de edificios que llamen la atención por la corrección de sus líneas ó por sus bellezas arquitectónicas; la generalidad de los propietarios han sacrificado la apariencia en aras de la comodidad. El jardín, lugar desconocido para los madrileños de intramuros, es en *La Prosperidad* accesorio indispensable para cuantos en el barrio tienen mediano pasar; pero el conjunto de las edificaciones en alineación caprichosa y sin someterse á rasante alguna, es menos regular y armónica de lo que debería, sobre todo teniendo en cuenta que este barrio, en unión con el inmediato de *La Guindalera*, son ya natural prolongación del de Salamanca y llegarán dentro de algunos años á formar parte integrante de este último hermosísimo cuartel de Madrid.

La mayoría de las casas pertenecen á albañiles, carpinteros y otros artesanos de la capital, que á fuerza de ahorros y consagrando los días de descanso á la construcción de aquellas viviendas, han logrado tener domicilio propio ó constituirse una pequeña renta que les pone á cubierto de las contrariedades de lo presente y de las contingencias de lo porvenir. También son propietarios algunos traperos, que revolviendo con su *gancho* las basuras de Madrid, han encontrado en *La Prosperidad* casa propia y voto en las elecciones.

Hay, además, otra población de carácter, costumbres y aficiones diametralmente distintas.

Carolina López, la linda y simpática tiple de zarzuela que ha popularizado en nuestros teatros el *cante andaluz*, posee en el barrio una preciosa casita, mitad vivienda, mitad huerto y jardín, en que las flores y las frutas entrelazándose entran

por las ventanas del edificio formando caprichosa enredadera.

Otras dos artistas líricas, las Sras. Méndez, poseen un hotelito elegante, en que suelen celebrarse reuniones y conciertos.

Pepe García, el popular actor cómico, habita una quinta de su propiedad, y Pina Domínguez se ha hecho construir un elegante hotel, en que vive habitualmente.

Teodora Lamadrid poseyó en el barrio un terreno de que se desprendió hace algunos años, así como Rochel, el actor de Variedades, vendió recientemente una casita que le pertenecía.

Otras familias aficionadas á las artes, entre las que se cuenta la de Leopoldo Delgras, constituyen con las primeras un centro de reunión ameno y agradable, que ha formado dos sociedades dramáticas: se representan por consecuencia comedias en teatritos construídos en dos jardines; y como los autores dramáticos exigen que se les paguen los derechos correspondien-

tes á las obras puestas en escena, resulta que las comedias de Pina y Domínguez, único que no tiene aquella exigencia, hacen furor en *La Prosperidad* y se representan con preferencia á las de todos los demás poetas.

El barrio consta de unos cuatrocientos vecinos, obreros y trabajadores en su inmensa mayoría.

Tiene, en un excelente edificio, escuelas elementales para niñas y niños.

La iglesia es un pequeño templo que substituyó á la primitiva capilla fundada el año 1866. Débese su construcción á que el cura de Chamberí tuvo noticia de que dos pastores evangélicos se proponían levantar una capilla por cuenta propia, y no hay que decir con cuanto apresuramiento se agitaría el buen sacerdote para evitar que en el barrio hubiese un templo protestante. El cura que la sirve y que depende de la parroquia de San José, percibe una modesta asignación que le han señalado las

Hermanitas de los Pobres. Anteriormente atendía esta obligación la Junta de Católicos, pero estos, al establecer el ayuntamiento la escuela elemental, suprimieron las suyas, así como también el sueldo del sacerdote.

El barrio no tiene Casa de socorro, ni médico propio, ni botica; gracias á que residiendo en él un profesor—D. Adolfo Escudero—los vecinos tienen en sus enfermedades asistencia facultativa; cuando aquel falta, los últimos se ven precisados á pedir auxilio á Madrid ó al médico de *La Guindalera* (1).

En *La Prosperidad* no se bebe otra agua que la que producen los pozos, abiertos en la generalidad de las casas; la del *Canalillo* no puede ser conducida hasta

(1) Hay en el barrio una botica de que es propietario el distinguido profesor en farmacia don Fermín Palenzuela, cuyos servicios son de gran valía y muy estimados en la localidad.

allí porque se carece de máquina elevadora.

Las casas carecen de retretes, pues no existe alcantarillado; así es que las basuras y las aguas fecales son arrojadas donde tienen por conveniente los vecinos; puede colegirse cómo estarán las mal llamadas calles y las inmediaciones de los edificios. En alguno de estos hay, por excepción, pozo negro.

Como agravación de estos inconvenientes el *Camino de Hortaleza* es paso directo para los carros de basura procedentes de Madrid, que van á verter á quinientos metros del barrio, en un muladar inmenso y que produce hedor insoportable al borde mismo del Arroyo Abroñigal.

Dichos carros, cuyo número no baja de treinta, que trasportan unas cuarenta arrobas cada uno, pierden en su largo recorrido una buena parte de la carga; de manera que no es difícil hallar en el camino trozos de estera, fragmentos de miriñaques, hue-

sos á medio roer y otras materias más ofensivas á la vista y al olfato, aparte de aquellas que arrebatan el viento y van á depositarse al pié de las casas y hasta dentro de las habitaciones.

No hay, por lo tanto, en *La Prosperidad* servicio municipal alguno, á excepción de la Escuela, ni la más pequeña manifestación de policía urbana, no obstante satisfacer los vecinos todas las cargas que les corresponden, incluso la de consumos; ésta en ocasiones llega á pagarse por partida doble, pues si alguno de aquellos introduce en Madrid artículos procedentes del barrio, tiene que satisfacer el impuesto, como si ya no se le hubieran exigido en el extra-radio.

De manera que *La Prosperidad*, población situada á un kilómetro de Madrid, con hoteles, quintas de recreo, casas generalmente limpias, en que no se observa la aglomeración de habitantes que en otras de las afueras, y con un vecindario, en fin,

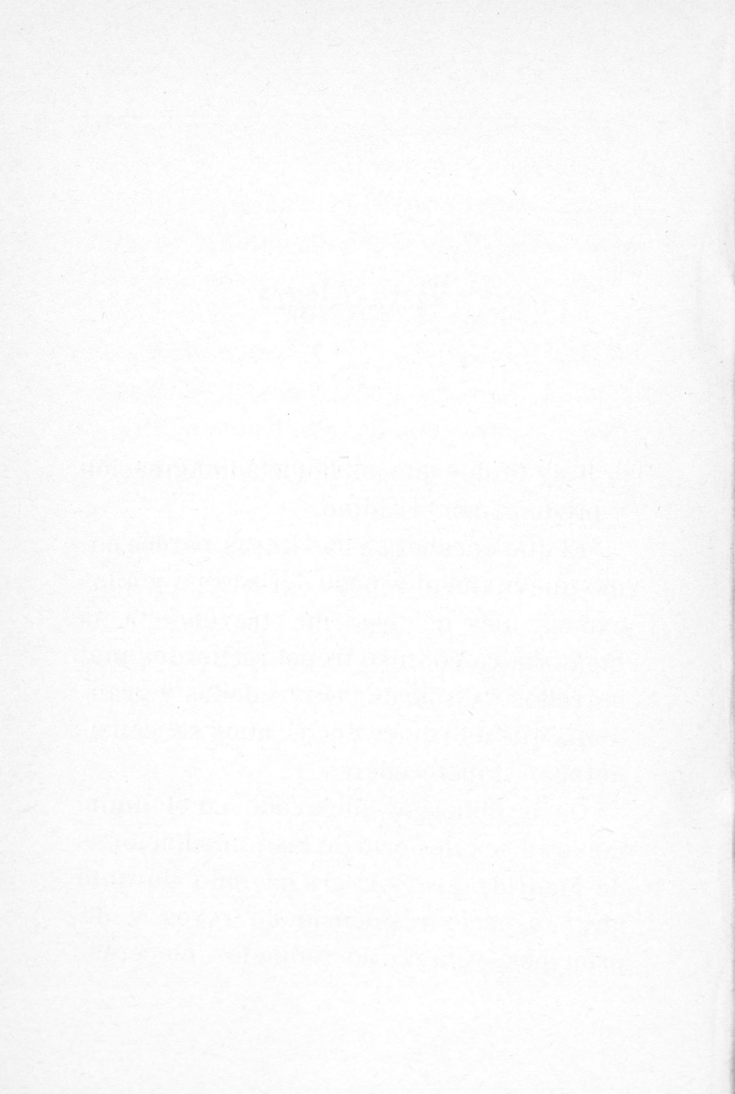
laborioso, honrado y *pagano*, se halla, en materia de urbanización, á la altura de Tombuctú y al nivel de cualquier aduar levantado en los límites de Sahara.

Haciendo estas consideraciones nos deparó la suerte el encuentro con una notabilidad del barrio, José López, albañil inteligente, convertido en maestro de obras, y que en concepto de arquitecto dirige las edificaciones más importantes de *La Prosperidad*.

Departiendo con él acerca del abandono en que el ayuntamiento tiene al barrio, López *el albañil* nos contestó filosóficamente:

—Ya se enmendará, cuando se convenza de que también en los arrabales de Madrid viven personas.

6 Agosto 1885



Vista-Alegre

Hay títulos que hablan á la imaginación y predisponen el ánimo.

El que encabeza estas líneas parece como que invita al reposo del cuerpo y á las expansiones del espíritu, trayendo á la memoria en confuso tropel recuerdos mal borrados todavía de fastuosidades y grandezas que aún hace pocos años se consideraban imperecederas.

Oasis delicioso enclavado en el límite del arenisco desierto de las inmediaciones de Madrid, *Vista-Alegre* ha sido durante largo espacio residencia de reyes y de príncipes, refugio de refinados placeres,

palacio encantado en que la fortuna, la naturaleza y el arte habían amontonado todas sus riquezas, todos sus primores y todas sus filigranas.

La mayoría de los lectores de *El Liberal* sabrá, seguramente, donde está y á quién perteneció la hermosa posesión de que nos ocupamos; muchos de ellos habrán traspasado alguna vez la soberbia cancela blasonada que constituye su entrada principal y recorrido sus interminables alamedas—túneles movibles de verdes hojas—sus bellos parques y sus deliciosos jardines.

Pero no importa: *Vista-Alegre* es uno de aquellos lugares que pueden visitarse sin fatiga tantas cuantas veces lo depare la ocasión, y hoy los lectores de *El Liberal*, suspendiendo por breve tiempo la penosa excursión á que nos acompañan á los arrabales de la córte, habrán de seguirnos con menos repugnancia que de costumbre para recorrer nuevamente la

quinta de recreo del difunto marqués de Salamanca.

Hállase *Vista-Alegre* á la izquierda del *Camino de Carabanchel* y sus tapias extremas lindando con las primeras casas de dicho pueblo.

Obsequio verdaderamente régio de Fernando VII á su última esposa María Cristina de Borbon, *Vista-Alegre* vino á poder de su hija María Luisa, como legado, al fallecimiento de aquella señora; pero el duque de Montpensier, esposo de la infanta española, consideró más ventajoso para sus intereses desprenderse de una propiedad cuyo entretenimiento exigía cuantiosos desembolsos y encontró espléndido comprador en el marqués de Salamanca.

La posesión mejoró extraordinariamente en poder de dicho señor: Salamanca, artista por instinto, hombre de irreprochable buen gusto y pródigo por inclinación, añadió al lujoso mobiliario del palacio de *Vista-Alegre* lienzos, mármoles y

bronces notabilísimos que llegaron á formar un magnífico museo, citado con orgullo en Madrid y con cierta envidiosa admiración en el extranjero.

Tan satisfecho se encontraba Salamanca con haber adquirido á *Vista-Alegre*, que preguntándole Rostchild en cuánto se la vendería, contestó sin vacilación:

—Barón, no tiene Vd. dinero para pagármela.

Faltaba agua en la finca, únicamente beneficiada con un viaje de escaso caudal, y Salamanca hizo llegar hasta ella el Lozoya á costa de un enorme desembolso.

De esta manera, con los 600 reales fontaneros que introdujo en la posesión, hizo varios estanques, una extensa ría, sobre la que tendió un sencillo puente de hierro, que él calificaba de *monumental* y una preciosa cascada á que dá sombra todavía un secular castaño de Indias, y al pié de la cual y sobre rústica mesa cubierta de césped, se verificaron célebres almuerzos

que tuvieron en ciertos círculos de Madrid grandísima resonancia.

El invernadero y la estufa eran verdaderas maravillas en que se encerraban flores y plantas de todas las latitudes: y en las demás dependencias, en el lujo de los servicios, en el ejército de obreros y criados que poblaban *Vista-Alegre*, se revelaban el refinado gusto y la opulencia del propietario.

Esto era—pálidamente reflejado—*Vista-Alegre*, hasta hace pocos años; hoy necesita hacer la imaginación un esfuerzo poderoso para persuadirse de que no es producto de la fantasía el recuerdo de aquellos esplendores.

La posesión tiene una extensión superficial próximamente de 360 fanegas.

Sus principales edificios son los palacios llamados *Nuevo* y *Viejo*, la *Casa-Administración*, la *Capilla*, el *Cocherón* y la *Vaqueriza*.

Atacados del cólera en Madrid algunos



individuos de la guardia civil establecidos en el cuartel del Duque de Alba, el gobernador de la provincia, de acuerdo con los testamentarios del difunto marqués de Salamanca, dispuso la traslación de aquella fuerza á *Vista-Alegre*, donde no existían ya más que restos insignificantes de las innumerables bellezas que en otro tiempo había contenido.

Desde aquel momento se comprendió que el Estado concluiría por adquirir la posesión, y en efecto, parece que está á punto de firmarse un acta, en que se hará constar su venta á favor del gobierno.

El aumento progresivo de casos epidémicos en la villa; la previsión de que adquiriera mayor desarrollo, y la situación espantosa en que se hallan multitud de desdichados que viven muriendo en *Las Peñuelas*, *Las Injurias* y otros barrios de extramuros, convertidos en inmensos focos de miasmas infecciosos, han hecho

pensar á las autoridades locales en la conveniencia de desalojar de aquellos arrabales el mayor número posible de vecinos y de proporcionarles, por consecuencia, albergue sano y alimentación abundante. *Vista-Alegre* satisfacía en gran parte aquella necesidad, y el gobierno decidió que el antiguo palacio de reyes y magnates, se convirtiese en colonia de desvalidos y pordioseros.

¡Cosa rara! Aranguren, que en 1857 fué auxiliar de Colomer, director de las obras de restauración en los palacios de *Vista-Alegre* y en la actualidad notable arquitecto afecto á la Dirección general de Establecimientos Penales, ha recibido la misión de convertir aquellos suntuosos edificios en humildes albergues para que tenga aplicación práctica el ejercicio de la caridad oficial.

En el *Palacio Nuevo*, Aranguren ha dispuesto las reformas necesarias para que puedan albergarse cómodamente 390 per-

sonas y cuatro familias en departamentos independientes.

La fuerza de la guardia civil, que consta ahora de 47 individuos de la clase de tropa, ocupa, con absoluto aislamiento de los primeros, el ala izquierda del edificio, teniendo los oficiales por pabellón las habitaciones que en el piso principal formaban el despacho del marqués de Salamanca.

La *Casa de los Guardas*, que tiene al lado un ancho lavadero y se halla próxima al estanque, es, como todos los de *Vista-Alegre*, un edificio aislado, en que serán colocadas cuatro familias.

Siguiendo el camino de circunvalación y á corta distancia de la citada casa, está la *Capilla*, hábilmente aprovechada para colocar, en caso necesario, hasta treinta enfermos en salas independientes, y en que además de las habitaciones para médico, practicantes y hermanas de la Caridad, hay fuente, cocina y ropero para que no

tengan las personas que necesiten residir en el edificio, comunicación alguna con los demás habitantes de la colonia.

La capilla tiene dos puertas: una para el servicio interior y la otra para comunicar con el pueblo; de este modo los enfermos de uno y otro punto pueden llegar hasta el Hospital directa y separadamente.

A la derecha del oratorio está la *Vaqueriza*, espacioso establo en que podrán albergarse 37 personas. El arquitecto ha utilizado los pesebres para que sirvan de cajones en que los asilados guarden durante el día sus respectivos petates; los tablados para la colocación de éstos arrancan desde los antiguos pesebres y á la altura necesaria para que no tengan más que el declive indispensable.

Próxima á la *Vaqueriza* está la puerta de la finca que la pone en comunicación con la plaza de Carabanchel; la portería y edificio accesorio han sido destinados á depósito de cadáveres.

En el ancho patio comprendido entre aquellos edificios y el oratorio, hay otra larga casa en que se establecerán 28 personas: el piso bajo forma galería, en que se instalará un comedor. En las habitaciones que ocupó el vaquero serán acomodadas cuatro familias y en la *Casa-Administración*, provisionalmente, la cocina económica para 400 raciones.

El Palacio Viejo consta de tres pisos. En él llaman todavía la atención los primorosos pisos de azulejos pintados; la *Sala árabe* con sus caprichosas estalactitas de mosaico en maderas, dibujo de Aranguros y los vaciados en yeso del artista granadino Peña; el *Salón de baile*, testigo mudo de brillantísimas fiestas régias y el *Baño de la reina*, soberbia piscina provista de extraños surtidores, susceptibles de satisfacer todas las necesidades y todos los caprichos de la natación.

Aún conserva el *Palacio Viejo* sus magníficas escaleras de caoba con primorosos

pasamanos de bronce dorado; bellísimos frescos representando asuntos mitológicos y piso embaldosado, del que parecen surgir ramilletes de flores y praderas de verdura; y allá, en algunos rincones, esperando su turno, cuatro ó cinco muebles antiguos, unos 180 cuadros y tres esculturas, *Psiquis*, *Adán y Eva* y *El Casto José*.

Entre los diferentes pisos de este edificio, que tiene admirable distribución, tendrán cabida 246 personas, aparte de alguna familia que podrá ser instalada en salones independientes.

Todos los edificios mencionados tienen por departamentos y con la debida separación, retretes y lavabos en cantidad suficiente para satisfacer los objetos á que se les destina.

El arquitecto ha calculado perfectamente, además, las condiciones de ventilación y acceso de los departamentos, que reúnen todas las circunstancias de salubridad y limpieza que pueden exigirse.

La cocina definitiva quedará instalada en la que lo era del *Palacio Viejo* y que se conserva en el mismo estado que cuando se utilizaba para el servicio de Fernando VII y de la reina Cristina.

El número de personas que podrán ser trasladadas á *Vista-Alegre* se calcula en mil, pues de la distribución hecha y de las obras que han de llevarse á cabo todavía, aparece que hay instalación desahogada para novecientas.

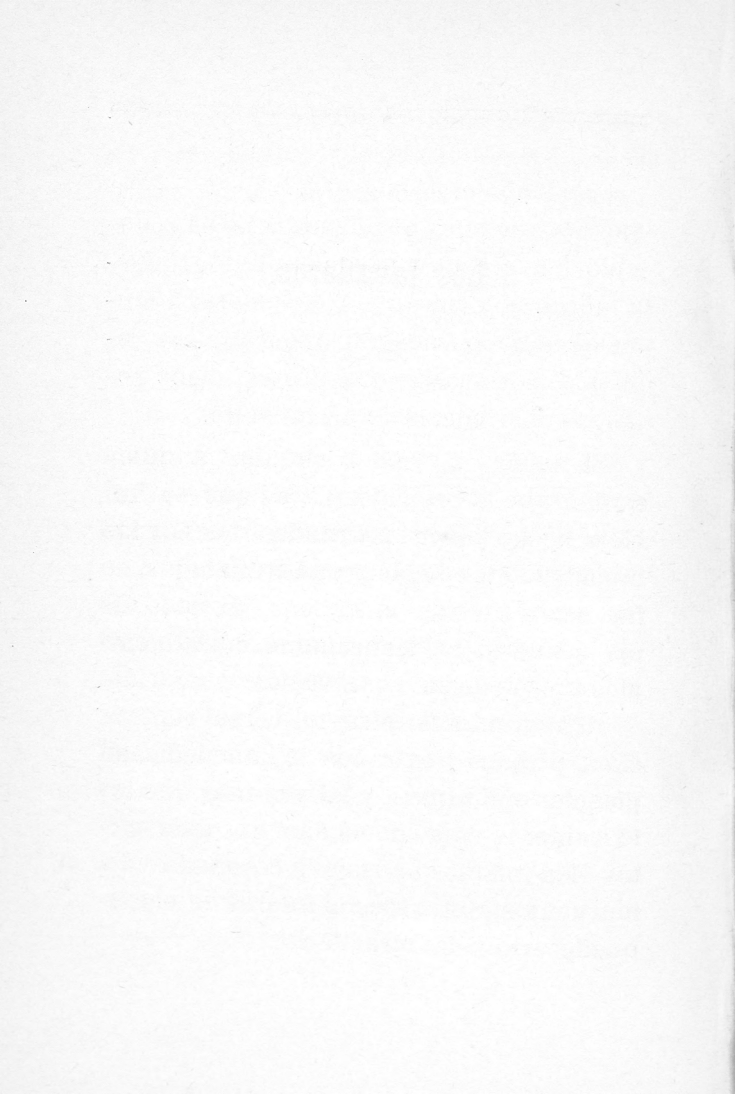
Por el momento hay viviendas para que puedan albergarse desde luego 500 individuos; pero no se nos alcanza el objeto de haber propalado, por medio de la prensa, la especie de que hoy se inauguraría el campamento de *Vista-Alegre*: á nuestro juicio aún hay algo que hacer para que vayan ingresando en aquellos edificios los desgraciados á quienes se destinan.

Estos tendrán en aquel asilo hogar decoroso y subsistencia asegurada; sólo carecerán de libertad, pues no les será per-

mitido franquear los límites de la antigua posesión del marqués de Salamanca.

Físicamente, *Vista-Alegre* será para ellos poco menos que un paraíso; en el concepto del derecho y desde el punto de vista moral, no dejarán de considerar algunos de aquellos desgraciados que su reclusión, por suave que parezca, tiene todas las apariencias de un presidio.

8 Agosto 1885



Los lavaderos.

El sabio de menor cuantía á quien asombraba la coincidencia de que se hubiera hecho pasar los grandes rios por las inmediaciones de las grandes ciudades, no fué, seguramente, madrileño, ni tomó de fijo, á Madrid y el Manzanares, como ejemplos típicos de su observación peregrina.

El Manzanares goza universal reputación; propios y extraños le han dedicado picantes epigramas, y tal vez más que los extranjeros—que no se han quedado cortos—los mismos hijos de la coronada villa han demostrado especial interés en empequeñecerlo y desacreditarlo.



Pudiera formarse un libro con la colección de frases y calificaciones ingeniosas aplicables al que llamó Quevedo *aprendiz de rio*, y del que dicen los madrileños que es necesario regarle en verano para que no se seque; pero esto nos llevaría á intentar un trabajo pretencioso, muy superior á nuestras fuerzas, alejándonos á la vez del propósito que hoy dirige nuestra pluma.

Nos limitaremos, pues, á invitar pura y simplemente á los lectores de *El Liberal* para que se dignen acompañarnos durante breve rato, por la ribera del Manzanares; la expedición no ofrece grandes peligros, porque si bien parece cosa probada que es el agua excelente conductor del cólera, las de aquel rio llegan hasta Madrid con tan escaso caudal y tan ocultas en su lecho, que muy torpe habría de andar el hijo legítimo del Ganges para descubrir en ellas alguna afinidad de parentesco.

Sin cuidarnos de averiguar en dónde

nace ni de qué otro río es afluente el Manzanares, giremos por sus orillas una rápida visita de inspección desde el puente del ferro-carril del Norte, vulgarmente conocido con el nombre de *Puente de los Franceses*—llamado así porque franceses eran los contratistas que lo construyeron—hasta un centenar de metros más allá del *Puente de Toledo*.

En la misma dirección se desliza humildemente el río, entre apartadas márgenes, sobre cauce de arena que sorbe sus aguas, y subdividiéndose en estrechos ramalillos, que forman caprichosos dibujos semejando islas y penínsulas bordeadas de zarzales y junqueras.

La bajada más cómoda para ganar la orilla izquierda, que es el límite natural de Madrid, se hace por la escalinata situada detrás del *Asilo*, que para refugio de los hijos de las lavanderas fundó la piadosa reina D.^a María Victoria; pero tiene tantos accesos cuantos son los lavaderos estable-

cidos en dicha márgen, aunque por rampas de gran pendiente escalonadas unas y explanadas otras lo bastante para que no deba calificárselas de despeñaderos.

A la márgen opuesta se llega con facilidad por el *Puente Verde*, que arranca en la glorieta de *La Florida*, frente al *Santuario de San Antonio*, por detrás de la *Fuente de los once caños*, y termina en la *Pradera del Corregidor*, lugares ambos á que han dado celebridad imperecedera el pincel de Goya y los sainetes de D. Ramón de la Cruz, y en que se inspiraron Ventura de la Vega en su *verbena de Jugar con fuego*, y Picón en sus brillantes cuadros populares de *Pan y Toros*.

Hay, además, el *Puente de Garrido*, para peatones y en reconstrucción, pues se lo llevó la avenida de 1883; el *Puente del Rey*, que dividiendo la pradera de *La virgen del Puerto*, y por el túnel que hizo construir el intruso José I, pone en comunicación directa al *Campo del Moro* con la

Casa de Campo; el *Puente de Segovia*, fábrica de Herrera, y el magnífico *Puente de Toledo*, afeado con adornos churriguerescos, de gusto verdaderamente municipal.

Desde cualquiera de dichos puentes, el espectáculo que ofrece el Manzanares es abigarrado y extraño, pero accidentado y pintoresco al propio tiempo.

Las casas en que residen los dueños ó arrendatarios de los lavaderos, que parecen colgadas desde las rasantes de las carreteras; los merenderos situados en las cercanías y apoyados en las derivaciones del terreno, los cobertizos de estera ennegrecida por el tiempo y la intemperie, en que se cobijan millares de mujeres que cantan y vocean, sin abandonar un punto el trabajo, y la red de palitroques entrelazados por tomizas, en que todo se halla envuelto, como prendido en una inmensa tela de araña, ofrecen un carácter singularísimo y tan excepcional, que no tiene se-

mejante en pueblo alguno del mundo civilizado.

Este cuadro tiene un marco que no desmerece del lienzo, en día festivo especialmente.

Los *Tio-Vivo* con acompañamiento de dulzaina y tamboril, en la *Pradera del Corregidor*, punto de solaz en otro tiempo de los guardias reales; la clásica gaita, que instituyó—puede decirse—en *La Virgen del Puerto* Fernando VII, para que sus soldados gallegos soltasen la *morriña* y que provocaba entre ellos, á los gritos de «¡Viva Právia!» «¡Viva Piloña!» brutales colisiones no bien extinguidas todavía; los ventorrillos *notables* por sus guisos de callos y caracoles; los juegos de bolos y las fábricas de buñuelos al aire libre, llevan todavía á las inmediaciones del río, si no tan aristocrática y perfumada multitud como en el siglo anterior, concurrencia más numerosa y no ménos ávida de placeres ruidosos y desordenados.